

tran ilustradas las formas en que los católicos italianos de la Edad Media y de la época moderna reciclaban sangre con finalidades terapéuticas o nigrománticas: como la sangre gloriosa de las místicas, que se sumaba al polvo de cráneos de los ahorcados, al destilado de los cuerpos de los suicidas, a la grasa de carne humana, entre otros muchos portentos de la medicina popular. Con sus «pascuas de sangre», los fundamentalistas del hebraísmo askenazí ofrecieron su propia interpretación –desesperada y feroz– de un análogo género de prácticas. Pero pagaron un precio enormemente más alto ■

□ Traducción de Rafael Tomás

Umberto Eco es escritor.
Artículo publicado en
L'Espresso, 21 febrero 2007

El caso Ariel Toaff. Comer niños

Umberto Eco

En la «Crónica de Nurenberg» (donde se registran los hechos más importantes ocurridos en el mundo hasta 1493) hay un grabado dedicado al martirio de San Simonino, el niño asesinado por motivos rituales por los judíos en Trento y posteriormente convertido en objeto de culto popular, hasta que el papa Pablo VI decidió que aquello era una leyenda carente de todo fundamento histórico. Ahora ha aparecido un libro (y de un israelí), en el que se demuestra que el asunto de los judíos que mataban a niños cristianos no está privado de fundamento y, como es natural, se ha desencadenado un gran debate.

Digo de inmediato que no tengo autoridad historiográfica para dictaminar si las fuentes usadas por el autor son fiables y que la cuestión no me perturba especialmente, porque siempre han existido en el transcurso de los siglos personajes que incumben, más que a la historia de las religiones, a la de la psiquiatría, los cuales se han dedicado a cultos más o menos satánicos, incluyendo algunos hijos de buenos cristianos del valle del Po que recientemente, con la excusa de Satanás, han matado a amigos suyos y, por lo tanto (así como existen locos criminales italianos, franceses o malayos) no es inverosímil que hayan existido locos criminales judíos. Sin embargo, lo que me interesa son algunos recuerdos míos de lecturas.

En el «Arte poética» Horacio habla de lamias que se comen a los niños y después restituyen sus cuerpos aparentemente intactos, pero internamente vaciados. Ovidio cuenta en los «Fastos» sobre mujeres-pájaro que desangraban a los niños. En el Edicto de Liutprando (727 d.C.) se consideraba a las brujas como demonios dedicados a raptar niños para chupar su sangre. En cuanto a los judíos que comen niños, he aquí uno de los relatos de Chaucer (siglo XIV), en el que un seráfico muchacho que atravesaba el barrio de los Judíos cantando alegremente «O alma Redemptoris Mater», suscita la rabia de los malva-

dos judíos: «Oh pueblo de Israel, ¿es quizás una cosa que te honra que un niño tenga que pasar a sus anchas entre vosotros cantando de esta manera, despreciándoos y contra vuestras leyes?». Así pues los judíos contratan a un asesino que, un día que el niño pasaba por allí, le corta la garganta y lo tira dentro de un pozo. «¡Oh raza maldita!», comenta Chaucer. Y revela que «aquella preciosa esmeralda, aquel llameante rubí del martirio, estaba allí abajo de espaldas, y con la garganta cortada se puso a cantar, como antes, *O alma Redemptoris Mater*, tan alto que resonó por todo el barrio». He aquí el origen, cien años antes, de la historia de San Simonino.

¿Pero eran solo los judíos los que mataban niños? No, también los herejes cristianos y he aquí uno de los documentos más célebres a este respecto, el de Michele Psello (siglo XI) en «Sobre la actividad de los demonios», que aparentemente describe a algunos herejes de su tiempo, pero atribuyéndoles delitos que la tradición patrística ya había atribuido a los heresiarcas de los primeros siglos, paulicianos, ebionitas, estrationitas, maniqueos y gnósticos en general. «Por la noche, cuando se encienden las luces y nosotros celebramos la pasión, llevan a una determinada casa a las niñas que han introducido en sus secretos ritos, apagan las lámparas, porque no quieren la luz como testigo de las ruindades que ocurrirán, y desahogan su propio libertinaje sobre quien pillan, aunque sea su hermana o su hija. De hecho están convencidos de hacer así una cosa grata a los demonios, si violan las leyes divinas que prohíben el connubio con quien tiene la misma sangre. Terminado el rito, regresan a casa y esperan que hayan pasado nueve meses: llegado el momento en que tendrían que nacer los impíos hijos de una impía semilla, se reúnen de nuevo en el mismo lugar. Tres días después del parto, arrancan a los miserables hijos de sus madres, cortan con una afilada hoja sus tiernos miembros, recogen en copas la sangre que brota, queman a los recién nacidos cuando aún respiran y los tiran a una hoguera. Después mezclan en las copas sangre y cenizas, obteniendo un horrible mejunje, con el que ensucian alimentos y bebidas, a escondidas, como quien tira veneno en la hidromiel. Tal es su comunión».

Más o menos en el mismo periodo, en la Crónica de Rodolfo el Glabro, se habla de matanzas de niños (pero esta vez por hambre y probablemente era verdad), y en las actas de los procesos por brujería abundan los sacrificios de inocentes, no tanto en el Medioevo como en la época moderna y hasta el siglo XVIII por lo menos. En fin, la acusación a herejes, judíos y enemigos en general de comer niños es un lugar común en la historia de la intolerancia racial y religiosa y, desde hace tiempo, ya nadie hace caso. Los últimos ejemplos están en las habladurías según las cuales los comunistas habrían comido niños. Todo el mundo piensa que es una broma, utilizada por los majaderos de Berlusconi. Sin embargo, todavía hoy se pueden encontrar en Internet webs «teo-con» (en el sentido francés del segundo término) en los que, partiendo del principio de que en China se considera que la placenta (e incluso la carne de feto) tiene propiedades terapéuticas, se sigue afirmado que los comunistas chinos comen niños. Es posible, pero ¿aún hay comunistas en China? ■

□ Traducción de Rafael Tomás